

Sembrando

Hace unos días, oyendo al Padre Pedro, como cariñosamente llamamos en nuestro pueblo al Provincial de los Carmelitas, escuché esta frase, enjundiosa en su contenido, y que viene a ser un retrato, como de mano maestra, hecho de nuestra *patria chica*: «Tomelloso es un gigante con alma de niño.» Es, en efecto, gigante por su esfuerzo continuo, inspirado en la laboriosidad más ejemplar de que tenemos noticia, por el engrandecimiento y prosperidad; es un gigante que por sus propios méritos, fundado en la honradez de sus hijos, se va abriendo incesantemente el camino de la notoriedad. Tomelloso es conocido, y ¿por qué no decirlo?, envidiado en el mundo. Pueblo joven que, plétórico de vida, se puede parangonar con los más florecientes por su comercio y actividad, que encierra en sí las virtudes del más rancio abolengo castellano, que sabe ser generoso y compasivo resolviendo, muchas veces por iniciativa particular, lo que en otros sitios necesita el esfuerzo del gobernante con todo el peso de la ley. Pero fuerza es reconocerlo: ese crecimiento exterior, esas virtudes cívicas, ese progresar incesante, no corre pareja con su *crecimiento interior*. Si nunca es más grande el hombre, se ha dicho que, cuando dobla sus rodillas ante Dios, jamás se encumbra un pueblo tanto como cuando progresa en el conocimiento de los problemas trascendentales que hacen relación a Dios.

ALBORES DE ESPÍRITU, fiel a la conducta que desde su aparición se trazó, abre en este número una sección que llamaremos SEMBRANDO.

¡Sembrando! Título sugestivo y, al mismo tiempo, evocador de la misión que se propone realizar. Hemos de sembrar y sembraremos mucho.

Si bien nos fijamos, dos son los factores, entre muchos los más importantes, de la feliz realización de una cosecha abundante: la bondad de la tierra y la selección de la semilla. ¿Es Tomelloso tierra abonada para esperar ubérrima cosecha? ¿Está quizá su suelo esquilado? No; antes al contrario. Yo me veo su *suelo espiritual* como una tierra virgen deseando recibir en sus entrañas la mejor de las semillas. Y ésta no puede ser mejor: es la palabra del que hace germinar *frutos de vida eterna*. Si SEMBRANDO no produce sus frutos, jamás lo achaquéis a otra causa que a la impericia del que esto escribe. Y podemos asegurar que pondré en ello toda mi mejor voluntad y ALBORES DE ESPÍRITU abrirá sus páginas, no a la polémica, gran balcón de bajas pasiones las más de las veces, pero sí a la discusión razonada y serena, de la que tanto bien se puede esperar.

X.